

AL MARGEN DE LA VIDA

EL QUE EMIGRÓ



ERA la hora del crepúsculo. Su luz bañaba con un tinte suave de melancolía la cúpula de la Iglesia del lugar, cual si quisiera imprimir un beso de paz y de amor en el símbolo de la cruz, que extendía sus brazos protectores sobre las casas que en su torno se agrupaban. Todo era silencio y calma en el pueblo: a ratos sin embargo oíase el eco de alegres carcajadas, con las que la mocina del lugar se entregaba en las afueras a sus diversiones bullangueras por ser día de fiesta.

La voz de la campana, invitando a los hombres a la oración, sonó pausada y lúgubre, con un doliente cromatismo, perdiéndose sus ecos lastimeros por las hondanadas del valle. A su son, en una oscura capilla de la Iglesia, una mujer, llorosa y enlutada, postrada en tierra ante la Imagen de la Patrona del lugar, murmuró la angélica salutación. Suspiró hondamente al terminar, dejando escapar de su garganta esta súplica ardiente.

¡Por él, Virgen mía, por él!... ¡Por mi hijo del alma... para que me lo conserves siempre bueno como hasta ahora!...

A lo largo de la carretera principal que atravesaba el pueblo venía él, el hijo del alma. Joven, gallardo, jinete en brioso caballo, con actitud firme y bizarra parecía un aventurero a quien el mundo entero por conquistar hubiérale parecido poco. Y tal venía a ser a la postre.

Un poco poeta, con unos cuantos conocimientos mal adquiridos en sus años de estudiante, con un gran bagaje de ilusiones y doradas esperanzas en la imaginación había decidido lanzarse a la vida, confundirse entre la multitud febricitante de las grandes ciudades, presenciar la tragedia de la vida en el mismo escenario, vivir en fin la vida moderna, descender su velo misterioso, tras del cual creía entrever un mundo de grandezas y venturas soñadas por él muchas veces.

Y por eso iba, iba muy lejos, al extranjero, a esas lejanas regiones en las que la fantasía nos hace creer que existe cuanto echamos de menos en derredor. Y por eso salía alegre, confiado, resuelto y optimista, con la sonrisa del triunfo en los labios y la esperanza del éxito en el corazón, dispuesto a conquistar la gran urbe, aquella gran urbe americana, donde creía que la fama y la gloria le estaban aguardando para prodigarle sus favores y caricias.

A punto había estado de echarlo todo a rodar ante las insistentes amonestaciones de sus amigos y parientes, que le rogaban desistiese de su proyecto, pintándole con negros y pesimistas colores el futuro incierto. ¡Qué sabían ellos, humildes lugareños, sin más ambiciones que el pedazo de tierra que les sustentaba y el rincón del hogar en que vivían, de lo que era él capaz de realizar en la vida a su edad y con sus entusiasmos!...

Y hasta ella, ella a quien, ¡pobrecilla! le había él prometido cuando aún era un jovencuelo que no sabía vivir, que la haría feliz un día ante el altar, también le había suplicado que no se fuera... A bien que poco caso le había hecho y que había evitado el despedirse de ella... Pero lo malo era que tendría que pasar junto a su casa y a él, hombre del día, espíritu fuerte, no le gustaban esos sentimentalismos... pero no, a aquellas horas estaría divirtiéndose con la mocina...

¡Cómo le engañaba su despreocupación, su anhelo de salir a la vida, su necia vanidad!... ¡Qué poco sabía él de la fidelidad, del culto del corazón!... Porque, sí, allí estaba ella, a la puerta de su casa, que situada en humilde callejuela daba a la calle principal por la que él caminaba tan altivo y tan bizarro. Allí estaba ella, la de ojos de niño ignorantes de las tristezas sucias de la realidad, blanca como la pureza, virgen como la ilusión, bella como la juventud, esperando hacía tiempo a que pasase para darle el último adiós. Había en su rostro un ligero tinte de resignada melancolía, que parecía ser a un mismo tiempo reproche y súplica.

Y pasó él junto a su lado indiferente, es decir, creyéndose más fuerte de lo que era, quiso pasar indiferente, pero no pudo menos de detener el paso de su caballo, cuando ella, con voz dulce, un tanto empañada por la emoción, le dirigió estas palabras.

—¿Te vas ya?...

—Sí: ¿no lo ves?...

—¿Y nada tienes que decirme?...

—Yá nada, ¿para qué?...

Y dicho esto partió a galope, sin volver siquiera la cabeza, temiendo que sus fuerzas le hiciesen traición.

Y allí quedó ella, desolada, muda de dolor, hasta que envueltos en una nube de polvo, perdiéronse caballo y caballero en un recodo del camino.

¡Adiós, adiós!... Murmuró, secándose dos gruesas lágrimas. ¡Te esperaré!... ¡Te esperará también tu madre!

.....
.....
Filtrándose por el estrecho ventanuco que se abría junto al techo del mísero tugurio donde vivía, la cenicienta luz del amanecer le sorprendió en el lecho sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Allí estaba él: el que meses antes saliera de su pueblo jinete en brioso caballo, gallardo, joven, altivo y bizarro, dispuesto a conquistar la gran urbe, allí estaba, víctima ahora del fracaso y de la miseria. Hacía unos días que apenas si encontraba algo para no morir de necesidad. Y ahora, dilapidados los escasos recursos que de su pueblo trajera, tenía hambre. Le dolía, sí, el cuerpo, pero le dolía mucho más el alma. Había llegado a la gran urbe, al objeto de sus ensueños juveniles, al ideal supremo de su vida de artista lleno de esperanzas e ilusiones, y sólo había cosechado en ella el desengaño y el fracaso. Intentó luchar con el prosaísmo del vivir, pero no supo hacerlo y hubo al fin de sucumbir en la contienda. ¡Pobre infeliz! ¿De qué le iban a servir sus ensueños de poeta, su talante de bohemio, su vocación de artista, si había tropezado con una sociedad burguesa y pacata, que lo miraba con una sonrisa de compasión, cuando no de ironía o desprecio?...

Y por eso entonces, solo, abandonado de los hombres, que no le habían comprendido, o mejor aún a quienes él no había comprendido, naufragó de todas sus aspiraciones, surgió en su imaginación, como una estrella de esperanza, el recuerdo del pueblecito querido y lejano y en mala hora abandonado, el recuerdo de la madre buena, que quedara un día rezando por él...

Y en aquella mañana gris y desesperanzada, sentado al borde del mísero lecho, hundida la cabeza entre las manos, lloró, lloró mucho añorando aquellos recuerdos y se

vió tan pobre, tan triste y miserabe, que, aún arrojando la vergüenza de su fracaso, decidió volver al maternal co- bijo de su casita pueblerina.

.....

 Era la hora del crepúsculo, La tarde tenía armonías en el ambiente y aromas y perfumes en la tierra. De la Iglesia del lugar salieron, al toque del Angelus, unas viejas tocadas de mantilla y en la mano el rosario y el libro de devoción. El, el emigrante fracasado, caminaba a pie a lo largo de la carretera principal triste y melancólico. De repente experimentó fuerte y agradable sacudida: ha- cía él venía, mirándole con dulzura y sonriéndole con cari-

ño, ella, la buena prometida de la que él se olvidara en la ciudad.

Al enfrentarse, sin sorpresa, como si nunca hubieran dejado de verse, le abordó ella.

—¿Me acompañas?... La madre quiere verte.

—¿Pero qué, sabías tu?...

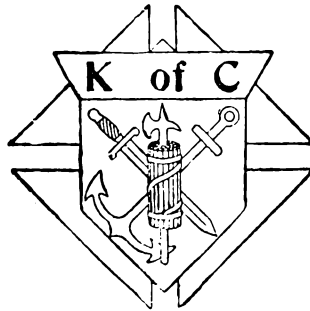
—Sí, todo, y te esperaba: te espera también tu madre.

—¿Y me perdonas, me perdona ella?

—No hablemos más de eso. ¿No oyes que te esperá- bamos?...

Y camino del hogar materno marcharon los dos; del hogar materno que ya él nunca habría de abandonar.

EL PEREGRINO



A fines del pasado, silenciosamente, sin alharacas, se estableció en Ba- guio, la deliciosa Ciudad de los Pinos, otro Capítulo del Concejo No. 1000 de los Caballeros de Colón.

Aprovechando la estancia en aque- llas alturas del Delegado Gran Caba- llero del Concejo, D. Alejandro de Aboitiz-nuestro querido Director-y con la delegación del digno Gran Caballe- ro y distinguido Letrado del Conce- jo, Don. F. R. Feria y Don V. Romuáldez, se iniciaron más de treinta candidatos. Ayudaron a los antedi- chos, los Sres. B. J. Bello, conocido periodista, Flores, Javier y otros de Baguio, además de una selecta repre- sentación del Capítulo de Laoag, pre- sidida por su digno G. C. el abogado D. Florentino Javier y el Capellán P. Edralín. Formaba en ella, entre otros, el batallador periodista católico D. Lu- cio K. Tello.

Al siguiente día de la iniciación los nuevos Caballeros de Colón se acerca- ron a recibir el Pan de los Angeles en la hermosa iglesia de esta ciudad. Les arengó el celoso P. Edralín.

Por la noche en el *Benguet Hotel* se celebró el acontecimiento con un ban- quete en el que fueron comensales los más prominentes personajes de la ve- raniega ciudad. Fué—al decir los conspicuos invitados—el banquete más concurrido jamás celebrado en Ba- guio. Presidió el organizador del Ca-

pitulo Sr. Bello, director de *El Norte*, quien tuvo a su derecha, en la mesa presidencial, al Hon. ex-fiscal general Don. F. R. Feria, al Hon. Juez de Pri- mera Instancia Sr. Villarreal, al R. P. Párroco de Baguio P. Carlu, Jefe de policía Mr. Keith, y otros distin- guidos personajes, y a la izquierda al Director de ESTUDIO, al Delegado Gobernador de Benguet Hon. D. Juan Gaerlan, al abogado D. Florentino Ja- vier, al Letrado del Concejo D. Vicen- te Romuáldez y algunos más que no recordamos.

A la chita callando, igual que com- enzaron, siguen trabajando los Ca- balleros de Colón en Baguio. Mas, creemos que ya es hora de dar publici- dad a algo de lo que han hecho. Gra- cias al entusiasmo y actividad del re- petido Sr. Bello, es hoy posible lo que vamos a referir y es realidad lo que ya hemos reseñado líneas arriba.

Los Caballeros de Colón cuentan hoy en Baguio con un magnífico local. Es el antiguo *Baguio Hotel*. Aproba- da la idea del Sr. Bello por el Gran Caballero y demás altos dignatarios del Concejo, éste acordó en reciente se- sión autorizar al Delegado Gran Ca- ballero D. Alejandro de Aboitiz para ultimar las gestiones del arriendo y representar al Concejo en los trámi- tes correspondientes y en la firma del contrato, el cual se firmó hace pocos días estando ya el Capítulo de Baguio en posesión del magnífico edificio.

Este será no sólo el local del capí- tulo de Baguio sino también el Club. Veraniego del Concejo de Manila.

Y... desde la aparición de los Ca- balleros de Colón se nota un cambio favorable en el ambiente.

Por dimisión del Sr. Bello, quien

sólo aceptó la Presidencia del Capi- tulo por complacer a los insistentes ruegos de todos los miembros del Ca- pítulo—yá que previsto tenía el viaje a Manila y anunciada su marcha de Baguio—y después que éste hubiese dado cima con feliz éxito a los más vi- tales extremos de organización, fué elegido por unanimidad, para susti- tuirle como Presidente, el que era Vice Presidente Hon. Juan Gaerlan, Sub- Gobernador de Benguet; para Vice Presidente, el prestigioso Jefe de Po- licía de la ciudad de Baguio Capt. J. J. Keith; Canciller, D. José de Jesús; Guardián, D. Pedro Florendo; Secre- tario Financiero, D. Emeterio Soliven; Recorder (Sec. de Actas), D. Juan Nevado; Tesorero, el Hon. Nicolás Cumilián, Concejal; Letrado, el Hon. Juez de Paz de Benguet D. Manuel Montilla; Guardia Interior, D. Antonio Rimando; Guardia Exterior, D. Ana- cieto Makagba; Fideicomisarios, Mr. George McKensie, Dr. Pedro Felices y D. Basilio Caguioa. Lecturer, Mr. Flores.

Nuestra enhorabuena a los Caballe- ros de Colón.

UN KNIGHT.

FLUROSCOPY ESTEREOSCOPY
XDRISTALINAS
 ROENTGEN LABORATORY
 311 CABILDO, W.C.
 PHONE 3736
 RADIOGRAPHY TREATMENT

Donde quiera que viaje Vd
 Las Moletas y Doves
RIU
 Ofrecen Comodidad y Seguridad.
 EL ESTABLECIMIENTO DE SU SUETIO EN
 GUARNICIONES
 MONTURAS
 POLAINAS
 LATIGOS
 PORTFOLIOS
 CINTURONES
 CARTERAS
 Y PORTAMONEDAS
 Catálogo
 Gratis
RIU HERMANOS
 ESCOLTA 131-133 MANILA, P.I.